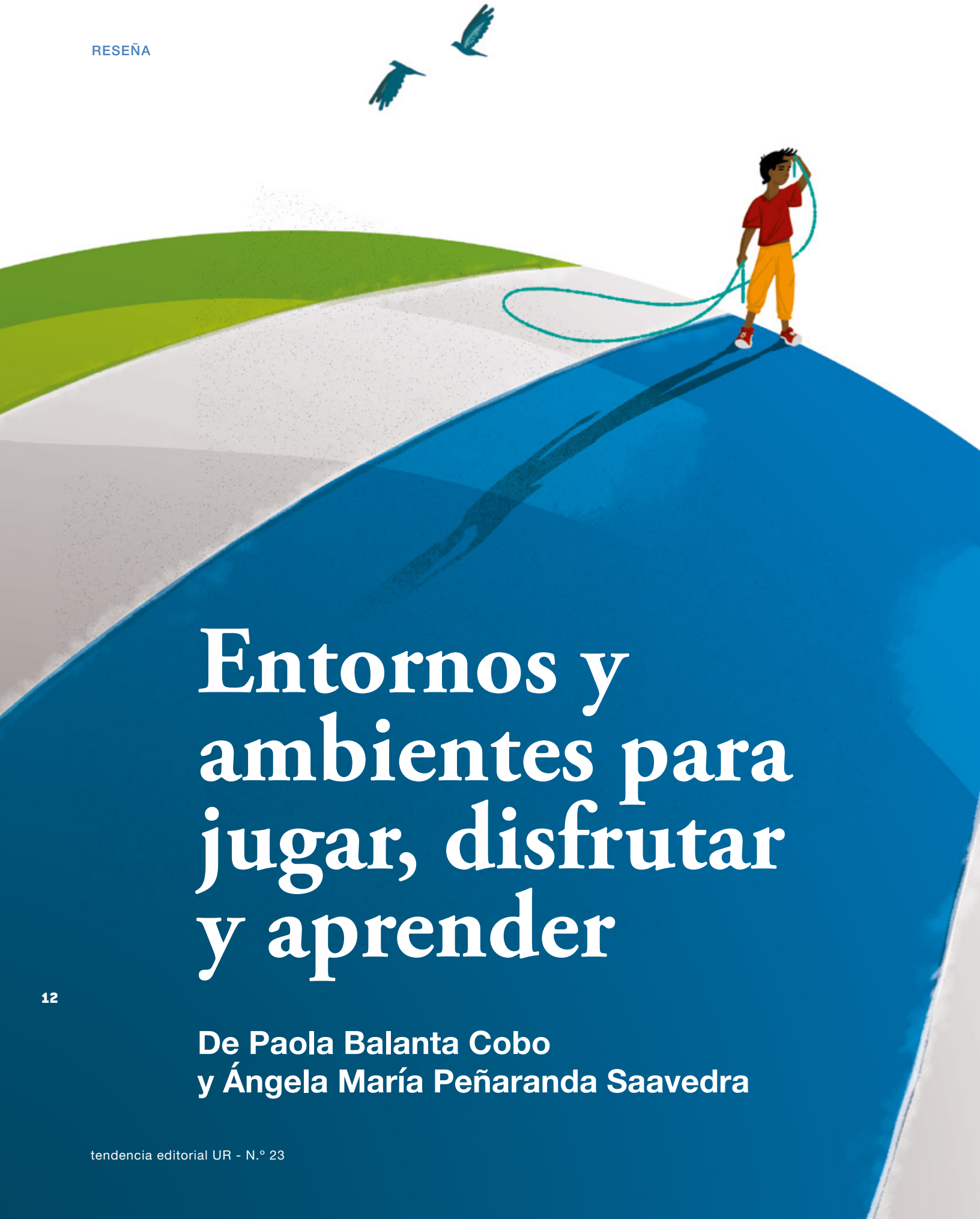

Entornos y ambientes para jugar, disfrutar y aprender

De Paola Balanta Cobo
y Ángela María Peñaranda Saavedra

Por: Juana Silva Puerta

Licenciada en Lenguas Modernas (2014) y profesional en Estudios Literarios (2015) de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. En 2016 cursó una maestría en Traducción y Literatura en la Universidad de Essex en Reino Unido, enfocándose en los procesos de traducción de obras de literatura juvenil. Ha trabajado como docente de inglés, como librera para la cadena Waterstones en Colchester, Inglaterra, y como traductora y correctora de estilo para diferentes compañías. Entre 2017 y 2020 trabajó en la Cámara Colombiana del Libro en el cargo de coordinadora de contenido infantil y juvenil.

Abrir este libro es entrar de lleno a un debate complejo: la importancia del juego como espacio de crecimiento y aprendizaje. Y es que, a pesar de ser la actividad preponderante en la infancia, el juego a veces se da por sentado y hay padres que ignoran no solo el papel del juego como una oportunidad para que los niños desarrollen sus capacidades, sino también su propio papel como facilitadores y diseñadores de estos espacios. Teniendo en cuenta el reto que plantea este debate, las autoras, Paola Balanta Cobo y Ángela María Peñaranda Saavedra, se fijan como meta ofrecer a padres, profesores, cuidadores y familiares una guía para conectarlos con el juego de los niños, así como una serie de sugerencias para adaptar, apropiar y moldear entornos, de modo que se conviertan en espacios propicios para jugar.

El libro enseña a los adultos que el contenedor es tan importante como el contenido, es decir, que el lugar en donde se juega tiene la misma relevancia que el juego que se desarrolla en él. Por eso, el papel de los adultos es fundamental para fomentar el juego, pues son ellos quienes propician las condiciones para que el espacio permita, libre y espontáneamente, que los niños puedan crear, aprender, comprender su entorno y desarrollar sus capacidades críticas.

Para lograr esto, el libro demuestra que casi cualquier espacio puede convertirse en un espacio de juego y que tanto los espacios cotidianos como los sociales pueden adaptarse: una mesa puede ser la entrada a una cueva, una botella puede transformarse en un carro de carreras... si cuestionamos las barreras de nuestra propia imaginación, no hay límites a los mundos que los adultos podemos crear de la mano de los niños durante el juego, y no hay espacio que no tenga el potencial de convertirse en escenario de las más increíbles historias.

Durante la lectura de este libro, el adulto encontrará una invitación recurrente a abrir su mente, reconectarse con sus propias experiencias de juegos de infancia y desafiar su propia creatividad. Un llamado a no desligarse del proceso creativo en el que se embarcan los niños cuando entran a una dinámica de juego y a encontrar estrategias creativas para despertar su imaginación.